

Jean Richepin

«El monstruo»

Traducción de Álvaro Piñero González
y nota introductoria de Mariano Martín Rodríguez

Jean Richepin (1849-1926) es una figura importante de la literatura *decadente* francesa a caballo entre los siglos XIX y XX. Fue la poesía la que lo hizo ¿libro poeta?, especialmente a raíz de la condenación de su libro *La Chanson des gueux* [La canción de los mendigos] (1876/1881), que llevó a la justicia francesa a encarcelarlo durante un mes por escándalo público. Sin embargo, son sobre todo sus colecciones de relatos las que se han venido reeditando modernamente, gracias al interés por la narrativa breve finisecular, tanto en su vertiente histórica (por ejemplo, sus *Contes de la décadence romaine* [Cuentos de la decadencia romana], de 1898) como fantástica y especulativa, predominante en volúmenes de relatos como *Les Morts bizarres* [Las muertes extrañas] (1877), en la que destaca su cuento entre terrorífico y fictocientífico «La Machine à métaphysique» [La máquina de metafísica], y *Le Coin des fous* [El rincón de los locos] (1921), en la que la fantasía se tiñe a menudo de sarcasmo. Esta vertiente de humor negro, que subyace a toda su obra, predomina en la serie de opúsculos en forma dramática, de teatro para leer, que componen su libro *Théâtre chimérique* [Teatro quimérico] (1896), del que procede la obra traducida a continuación, «Le Monstre». En ella, Richepin adopta el modelo retórico del debate académico

para contraponer una serie de científicos del futuro y un varón que se presenta como una supervivencia o recurrencia atávica del tipo de varón del pasado, y que reacciona con extrañeza e indignación a las costumbres del lejano porvenir. La sociedad futura es, en efecto, muy diferente a la del siglo XIX (y a la actual), ya que la poesía es algo desconocido y, sobre todo, las necesidades fisiológicas, tanto las alimentarias como las sexuales, se satisfacen de manera científica, aunque peculiar. A este respecto, la escena que nos ofrece Richepin representa una de las primeras imaginaciones (anti)utópicas de una sociedad en la que la homosexualidad es la norma, ya que la reproducción es siempre artificial y la sexualidad, únicamente entre personas del mismo sexo. En este contexto, la existencia de Sanus (nombre evidentemente simbólico de la sanidad mental y de costumbres) es escandalosa. Para los académicos futuros, es un «monstruo». Esta inversión de la perspectiva, pues es la homosexualidad la que se consideraba entonces monstruosa y *contra natura*, invita al extrañamiento cognitivo suniniano, a preguntarnos si lo *natural* no es una construcción meramente *cultural*, con lo que Richepin sería aquí precursor de un planteamiento bastante postmoderno (por otra parte, uno se pregunta si hay algo en el postmodernismo que no se hubiera inventado antes, al menos en la fecunda y crítica cultura europea en torno a 1900). No obstante, el interés de la obra no es solo histórico. El autor no parece



El monstruo

afirmar de ningún modo las ventajas de la civilización imaginada con la contemporánea real representada por Sanus, cuya cordura parece someterse a ironía, pues su vulgaridad y cerrazón lo convierte en modelo más bien negativo, al tiempo que los académicos tampoco representan nada positivo, a causa de su pedantería y una cerrazón mental equivalente a la del propio Sanus. «El monstruo» es una sátira universal que escapa a un moralismo y discursivismo estrechos, además de a la homofobia y a cualquier planteamiento de supremacía de unos humanos sobre otros. Todos son objeto de un humor negro verdaderamente intemporal, cuya gracia inteligente sigue siendo eficaz hoy. ●



Traducción de Álvaro Piñero González

Jean Richepin
El monstruo

Sesión académica del siglo treinta y pico

PERSONAJES

EL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA
EL DOCTOR SUTIL
SANUS
MIEMBROS DE LA ACADEMIA
UN MIEMBRO GRUÑÓN

EL PRESIDENTE.— Caballeros, la Academia Moderna de las Ciencias Fisiopsicosociobiológicas se halla hoy reunida para presenciar el examen de un curioso fenómeno y pronunciarse sobre la naturaleza del mismo, descubierto por nuestro insigne miembro correspondiente, el doctor Sutil, en uno de sus extraordinarios viajes, y que tiene el honor de someter a vuestro juicio. Cedo la palabra a nuestro eminente colega.

SUTIL.— Caballeros, prometo no emitir ninguna teoría preliminar en lo referente al caso teratológico que tendré el placer de presentarles. Considero que este caso solo es explicable con base en los vestigios más sedimentarios del atavismo más remotamente concebible. Pero me produciría reparo hacerles esta mera insinuación; prefiero confiar por completo en sus luces imparciales, limitándome a interrogar metódicamente al sujeto, cuyas respuestas les revelarán más que todos mis comentarios. De más está decir, caballeros, que tienen absoluta libertad para preguntarle ustedes mismos. Ruego me crean que lo que les digo no es charlatanería.

EL PRESIDENTE.— Mi querido colega, nadie aquí lo pone en duda.

EL GRUÑÓN (*aparte*).— Bueno, ya veremos.

SUTIL.— Caballeros, he aquí el sujeto. Si me lo permiten, comenzaré por resumir los datos facilitados por la oficina antropométrica. El sujeto tiene treinta años y mide un metro setenta y cinco centímetros.

EL GRUÑÓN.— ¿Exactos?

SUTIL.— Milímetro arriba o milímetro abajo.

EL GRUÑÓN.— Se tendría que haber medido con nonio.

EL PRESIDENTE.— Son detalles verdaderamente sin importancia.

EL GRUÑÓN.— Todo tiene importancia. Pero, en fin, ¡siga!

SUTIL.— Con más motivo si cabe, caballeros, procedo sin más al interrogatorio, cuya gravedad acallará, no tengo duda, toda malevolencia. Doy comienzo por la alimentación. (*A SANUS*) Diga a estos caballeros de qué se alimenta usted.

SANUS.— De pan, carne, huevos, lácteos, verdura, pescado, fruta.

SUTIL.— Ya lo han oído, caballeros.

EL PRESIDENTE.— Pues sí, lo hemos oído; pero creo expresar el sentir de toda la Academia si digo que ninguno ha entendido lo que ha oído.

MIEMBROS.— Cierto, cierto.

EL GRUÑÓN.— Yo sí lo he entendido; sin embargo, creo que se nos está tomando el pelo.

SUTIL.— Explíquese.

EL GRUÑÓN.— Quiero decir que esto no es más que un artificio, que se no está confundiendo con vocablos arcaicos. ¿Ingiere realmente el sujeto esos alimentos, en esas formas bárbaras, o acaso se trata únicamente de cómo designa su bolo alimenticio y en verdad lo asimila, como todo el mundo, en forma de lavativa y por el único orificio nutritivo hoy en uso, esto es, el ano? Este es el quid de la cuestión.

SUTIL.— Caballero, el sujeto come estas cosas por la boca y nada más que por la boca.

EL GRUÑÓN.— ¡Venga ya! Es imposible.

SUTIL (*a SANUS*).— ¿Por dónde come usted, por la boca o por el ano?

SANUS.— ¡Por la boca! ¡Habrás visto!

SUTIL.— Caballeros, no soy yo quien se lo hace decir.

EL GRUÑÓN (*aparte*).— Aquí hay gato encerrado.

SUTIL (*a SANUS*).— Muéstranos cómo lo hace usted.

SANUS.— ¡Oh, eso está chupado! (*Come*)



El monstruo

MIEMBROS.– ¡Impresionante! ¡Prodigioso!

EL GRUÑÓN (*aparte*).– ¡Es solo un truco de magia!

SUTIL.– Caballeros, el sujeto también bebe.

MIEMBROS.– ¿Qué? ¿Cómo?

SUTIL (*a SANUS*).– Diga lo que bebe usted.

SANUS.– Vino o agua cuando no tengo vino, pero me gusta más el vino.

MIEMBROS.– ¡Vino! ¡Agua! Pero, ¿qué dice?

EL GRUÑÓN (*de forma violenta*).– ¿Y por la boca también? ¿Sin inyecciones hipodérmicas?

SANUS.– ¡Hipodérmico lo será usted! ¿Por dónde iba a beber si no, idiota?

SUTIL.– Caballeros, les ruego tengan a bien disculpar al sujeto. Se pone irritable con frecuencia. Están ustedes en lo cierto, tales anomalías solo pueden ir ligadas a una turbación profunda de la condición mental. Si desean que el interrogatorio pueda continuar fructuosamente, permítanme tratarle con delicadeza, como corresponde hacerlo con un enfermo.

EL GRUÑÓN.– Como todo estaba preparado de antes...

SUTIL.– Aquí no hay nada preparado, mi querido colega, nada. Se lo juro. Interrogúele usted mismo si eso le inspira más seguridad; solamente, lo vuelvo a repetir, por favor, con delicadeza. Al fin y al cabo, caballeros, solo he logrado sacar respuestas del sujeto a base de tratarlo con extrema mansedumbre, hasta el punto de permitirle que me tratase de cretino y de loco.

EL GRUÑÓN (*aparte*).– ¡Y vaya si tiene razón!

SANUS.– Está claro, doctor, que es usted un bobo o un enajenado. Y me da a mí que todos estos señores no están mucho mejor que usted.

SUTIL.– Ya lo ven, caballeros. Pero los intereses de la ciencia siempre han de ir por delante, ¿no es cierto? ¡No dejemos que esto nos impida seguir nuestros estudios! (*a SANUS*) ¿Le importaría decirnos, querido amigo, cómo concibe usted las funciones genésicas?

SANUS.– ¿Disculpe?

SUTIL.– Dicho de otro modo, ¿tendría usted la gentileza de explicar a estos señores que para usted es natural la cópula con una persona del sexo opuesto?

SANUS.– ¿Eh? ¿Qué?

EL GRUÑÓN (*irónico*).– Quiero suponer que nuestro eminente colega no pretende hacernos creer que su sujeto lleva a cabo la unión sexual a la manera de las bestias.

SUTIL.– Tal es mi pretensión.

MIEMBROS.– ¡Ah, eso es un poco fuerte!

EL PRESIDENTE.– Ruego a nuestro honorable colega tenga a bien disculparme, pero considero que reflejo el sentir de la Academia entera al afirmar que a esto no se le puede dar crédito alguno. Nuestro honorable colega sabe de sobra que la fecundación artificial es la única natural hoy día y desde tiempos inmemoriales. Al igual que sabe que, como mandan las costumbres definitivas, los placeres llamados sensuales solo se admiten entre individuos del mismo sexo. Las leyes de la sociedad moderna no consagran o toleran ningún otro.

SUTIL.– No ignoro ninguno de estos pormenores, mi querido e ilustre presidente...

EL GRUÑÓN.– ¿Y aun así insiste usted en que su sujeto llega a aberrar hasta el punto de...?

SUTIL.– ¿Acaso me habría atrevido a molestarles, mis eminentes colegas, prometiéndoles el estudio de un caso completamente excepcional de no ser así? No, en absoluto. Me ha parecido mi obligación recabar su atención sobre este fenómeno porque es innegable que se trata de un fenómeno absolutamente anormal.

EL GRUÑÓN.– ¿Y practica esta teoría extraordinaria de la bisexualidad?

SUTIL.– Así lo afirma.

EL GRUÑÓN.– ¿Puede preguntarle de qué forma lo hace?

SUTIL (*a SANUS*).– ¿Le ha oído? Respóndale, por favor.

SANUS.– ¡Vaya panda de viejos chochos!



El monstruo

SUTIL.– ¡No se enfurezca, amigo mío! Venga, venga, cálmese y tenga la amabilidad de respondernos. Todos somos hombres de ciencia. Buscamos la verdad. Queremos instruirnos. Trabajamos en pos del progreso. ¿Qué le cuesta explicarnos...?

SANUS.– ¿Explicar qué? ¿Cómo hacemos el amor?

SUTIL.– Cómo lo hacen, sí, amigo mío, la forma en que lo hacen, que nos parece extraña.

SANUS.– ¡¿Cómo que extraña?! ¡Pero si es la única natural, la de todos los animales!

SUTIL.– Ya lo ven, caballeros. No soy yo quien se lo hace decir.

MIEMBROS.– ¡Oh! ¡Vaya! ¡Milagroso! ¡Asombroso! ¡Pasmoso!

EL GRUÑÓN.– ¡Una última pregunta! El sujeto no escribirá, por casualidad, versos, ¿verdad?

MIEMBROS.– ¡Ah! ¿Pero qué dice? ¿Versos? ¿Qué es eso?

SUTIL.– Así es, caballeros, el sujeto escribe versos.

EL GRUÑÓN.– ¿Y con qué, si se puede saber, los escribe?

SUTIL (*a SANUS*).– Eso, ¿con qué los escribe usted, amigo mío?

SANUS.– Pues, con ideas, sentimientos, sensaciones, palabras, imágenes, rimas e ingenio.

MIEMBROS.– ¡Jajaja! ¡Esto es ridículo! ¡Jajaja! ¡Con imágenes! ¡Con palabras! ¡Con rimas! ¡Con ingenio! ¡Jajaja!

EL PRESIDENTE.– Caballeros, me parece que esta legítima hilaridad general resuelve la cuestión. Nuestro eminente colega quiso consultarnos acerca de la naturaleza del sujeto que nos ha presentado. Creo que hablo por la Academia entera al decir que nuestra convicción se halla ahora debidamente aclarada y que no cabe más que una sola opinión en lo que se refiere al sujeto, y esta es unánime. Este producto singular del atavismo es...

EL GRUÑÓN.– Pido que se me reconozca el honor de haber sido el primero en descubrir que es un...

MIEMBROS.– ¡Un monstruo! ¡Un monstruo! Es un monstruo.

SUTIL.– Caballeros, no soy yo quien se lo hace decir.